

DOMINGO XXIX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 53, 10-11): *El justo se saciará.*

Salmo (32, 4-5.18-19.20 y 22): *«Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros»*

2ª lectura (Hebreos 4, 14-16): *Mantengamos la confesión de la fe.*

Evangelio (Marcos 10, 35-45): *No sabéis lo que pedís.*

El lenguaje es una realidad de expresión y comunicación muy viva, fiel reflejo del ser que lo inventó y lo utiliza, cambiante casi como el camaleón, permanente casi como las montañas, frágil y tenaz como la flor que se abre paso entre los poros del asfalto. Con una estructura muy firme, juega, sin embargo, con las palabras para reforzar la misma idea que, antes, otros términos traslucían con éxito y que, ahora, el tiempo se ha encargado de desgastar y alisar hasta no decir prácticamente nada.

Con formas distintas, la realidad se nos presenta, en su forma permanente, a unas personas que nos resistimos a cambiar de cabeza y de corazón. Queremos entender la vida y el mundo desde nuestra cabeza fija y dura, desde unos esquemas que se han manifestado insuficientes para explicar y justificar todo lo que ocurre. Especialmente uno que nos desborda: el mal.

Queremos encerrar el mal en la lógica de las causas con sus correspondientes efectos, de la ley con su correlación cumplimiento=premio, infracción=castigo. Y no es posible. El mal, en muchas ocasiones, no entra ahí. Vivir la vocación, nuestro modo de situarnos, ante la vida y expresarla, lo hacemos, normalmente, en clave de ley. La hemos elegido como el criterio básico desde el que vivir y entender lo que ocurre a los humanos. Su lógica parece destinada a hacernos comprender todo. Pero algunas cosas no encajan. Las lecturas de hoy nos hablan en otra clave.

Miran el mal del justo o inocente con ojos de esperanza. No en negativo, no en clave de castigo injusto. El amor debe y puede ser otra forma; cuando un voluntario social, estando trabajando al servicio de los demás y tomando todas las preocupaciones que ha podido, se contagia de Ébola, eso nos grita y duele en el interior del corazón por considerarlo una injusticia flagrante y escandalosa. La solidaridad tiene sus vías, el amor tiene sus rutas y sus tiempos. Dios no actúa ni funciona con nuestra mirada. Y hay personas que llegan a cambiar de campo y vivir asumiendo riesgos, metiéndose en situaciones que les hacen mucho daño, pero hacen mucho bien.

En un alarde de sinceridad realista y triste los autores del Nuevo Testamento nos descubren el lado oscuro y humano de nuestros primeros padres en la fe. Si alguien entiende la designación de santos como “*buenas personas*”, hoy tenemos una muestra clara de que estos amigos de Jesús, a quienes invocamos como modelos en la fe, fueron personas normales y corrientes, en su tiempo; tan normales como podrían serlo hoy, tan actuales entonces como ahora.

Tan cotidianos, que no se esperan la sorpresa de Jesús, como quienes ahora no entienden que se pueda desaprovechar el paso de un pariente por un puesto oportuno para conseguir la ventaja en un negocio, arreglar una oposición o conseguir directamente el nombramiento a dedo. Era y es la mentalidad dominante, la lógica general, el sentir de una cultura, la corrupción hecha tan normal como el pan de cada día.

Tenemos aquí la primera noticia de un caso así dentro del ámbito eclesiástico, No fue el último, siguen habiendo casos similares todos los días y, como decía Benedicto XVI y repite Francisco, hay muchas vocaciones a jerarcas. **¿Cuántas a curas?** Muchas aspiraciones ambiciosas, **¿cuántos anhelos al servicio?** Muchos candidatos a poltronas, **¿Cuántos a gestionar la política con honradez?** Y sigue un análisis terrible y pesimista de Jesús sobre el sentido de la vocación humana que tan frecuentemente va unido a la tentación de abusar del poder para someter a los demás y colocarlos por debajo con la intención de sacar provecho personal de ellos. Terrible análisis por lo que tiene de certero y de universal.

La política, como los cargos en la sociedad o en la Iglesia, son, un servicio para la comunidad. Los políticos, líderes sociales, jerarcas religiosos, son, generalmente, aprovechados que quieren construirse una personalidad que pase a la historia o un patrimonio que garantice a sus descendientes una comodidad de por vida. Gente que aspiran a pasar los tragos de la vida acompañados de buen licor con que endulzarlos. Si entre vosotros hay quienes deseen ser grandes tendrán clara la senda que conduce al poder, y los objetivos que se alcanzan serán a costa de la desunión y las tensiones dentro de la comunidad.

Por eso Jesús es tajante. Entre vosotros **¡nada de eso!** El criterio del cristiano en la vida y para todos los ámbitos ha de ser el servicio sencillo. De manera que la relación de afecto al servicio ha de convertirse en criterio claro, condición indispensable para el acceso a las responsabilidades comunitarias. Lo mismo que el afán de poder debe ser un muro infranqueable para designar a candidatos ansiosos de figurar. Y de estos, por desgracia, hay muchos. Esperemos que el Espíritu de Jesús nos transforme como hizo con los apóstoles.